

## Comentario de “Mientras sube el termómetro”

En la crónica titulada “Mientras sube el termómetro”, Manuel Gutiérrez Nájera describe los cambios que observa en la capital. Uno de ellos es el desplazamiento de la ciudad hacia Occidente, como todas las grandes ciudades civilizadas que siguen la luz:

La vida sigue al astro rey, al que es su padre. Él la ha enseñado a caminar en cierta dirección y ella, obediente, lo acompaña a donde va. Rumbo a Oriente quédense los pobres, los tristes, los esclavos del trabajo, los que no ven más nubes que de las grandes chimeneas. Los ricos, los felices, los desocupados, los favorecidos de la suerte van camino de Occidente.

Esta crónica se centra en el Paseo de la Reforma que, hacia los años 90 del siglo antepasado, cobraba cada vez mayor importancia. El lugar era conocido como la Calzada de la Reforma y, a diferencia de las calles del centro de la ciudad, tenía un enorme espacio vial por donde podía transitarse, lo cual lo convirtió en un lugar de intercambio comercial y de postín:

En la mañana los alemanes, los franceses, los yanquis son los que más frecuentan la Calzada. Allá va el comerciante en su caballo, haciendo provisión de oxígeno para no asfixiarse en la oscuridad del almacén. Allá va el diplomático en su faetón o en su buggy de ruedas coloradas. Allá va la amazona, con su largo vestido negro o gris y su lazo de seda azul en el sombrero

Colonias como San Cosme poco a poco se iban poblando y transformando, nos dice el Duque: “¡Cómo brotan casas en esas calzadas! ¡Cómo va dejando la ciudad a los pobres!, parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia. La lechuga vive en La Merced, la flor en San Cosme”.

Los cambios en la traza urbana evidenciaban, al mismo tiempo, una marcada división social. De tal manera que los habitantes de escasos recursos económicos permanecían o se quedaban a vivir en los callejones, en las callecitas oscuras y peligrosas, sin electricidad. La modernidad era limitada y no alcanzaba para todos, pero el Duque Job sabía que debían hacerse sacrificios, porque el *flâneur* disfrutaba de caminar por las calles anchas y hermosas.